

Sol y desierto

Julio Iñaki Zuinaga Bilbao

Image not found.

Capítulo 1

Sol y desierto

Pedro estaba desolado, incluso sollozaba, agachado como estaba con las manos sobre la nariz y no quitaba la vista de aquel trozo afilado de piedra que había perforado el tanque de gasolina.

No era para menos, nos encontrábamos en medio del desierto bajo un sol en su zenit, que caía a plomo en la carretera rumbo a Chihuahua. A nuestro alrededor solo había plantas cactáceas espinosas y pequeños cúmulos de pastos salvajes que ondeaban en el aire hasta donde daba la engañosa mirada, que insistía en ver temblorosa cualquier imagen.

Irma bajó del auto y preguntó qué había sucedido. Ni Pedro ni yo pudimos contestarle lo que tuvo un efecto contrario a lo hubiésemos querido, ya que ella pudo observar en nuestros rostros la palidez que suele sobrevenir a un gran susto. “Chicos, díganme qué le pasó al auto”-insistió.

Pedro se incorporó y señaló con la mano abierta a Irma para que le dejase pensar por unos momentos.

—Ya sé qué haremos, déjenme pensarlo bien —su voz era trémula, pero iba en busca de soluciones en su mente.

Irma cayó en cuenta que estábamos en peligro, lejos de todo y con el auto en mal estado. Las lágrimas asomaron a sus ojos y la borrasca del miedo repentino se apoderó de ella. Aunque temblaban sus manos abrió la puerta del auto para sacar un rojo paliacate de su bolsa y amarrárselo sobre la cabeza mientras se sentaba en el asiento trasero a llorar y desmayarse.

Pasaron minutos, tal vez horas, el tiempo no se podía medir, no traíamos reloj y los celulares ya no tenían pila.

Repentinamente, Pedro se situó frente a la cajuela y la abrió buscando algo en el fondo de la misma.

— ¡Carajo! Estoy seguro que la puse aquí —la tensión se agigantaba y cristalizaba en un confuso alboroto que merma todo vínculo entre mente y destreza. Los únicos sonidos los producía la desesperada búsqueda en aquella cajuela.

Ignoro cuántos minutos se sucedieron en esa búsqueda. Por mi parte, sentía ya las copiosas gotas de sudor resbalando sobre la frente y cuello. Y ese cosquillar desatado del sol en brazos y piernas carcomía toda energía. Ondas en la visión emanaban del suelo y hacían temblar

cualquier imagen en el paisaje a nuestro alrededor; tan solo se alcanzaba a distinguir una delgada hilera de montañas hacia el sur, sobre la carretera. Sentía pegajosa la saliva, y mi mente se perdía por momentos, no existían olores o aromas ante la brutal sensación y el llanto reprimido que tapaba con mocos secos los orificios de la nariz.

— ¡Por fin, aquí está! —Gritó Pedro—. Y sacó una caja de herramientas. Aquí traigo un caudín y un envase de plástico... con algo de gasolina, solo necesitamos algo de metal... para fundir y se...llar el tanque —. Se intentó acercar a mí, soltó la caja y le vi girar de pronto las órbitas de los ojos hacia arriba y desfallecer frente a mí.

Mis ojos pulsaban, se hacían grandes y pequeños, mi cuerpo se llenó de un mar de burbujas y millares de puntos blancos me impedían ver aquél color brillante que inundó todo...